

birla y aconsejarla? Judas, uno de los discípulos del Salvador, y aun de los más allegados, será el desgraciado que consienta en tamaña tentación. Estimulado por una insaciable codicia, y viéndose privado de las ganancias que pensaba hacer con el precioso unguento que la generosa y devota Magdalena había derramado para unguir á Jesucristo, intenta reintegrarse, vendiendo á su mismo Maestro. Satanás, deseoso de quitar del mundo al Salvador, del cual temía grande ruina para su imperio, excita y aviva la pasión avarienta en Judas, le inspira razones aparentes para moverle al criminal contrato, y no cesa en sus tentaciones hasta que le precipita en el abismo del más enorme pecado. ¡Oh cuán temible y perniciosa es una pasión no mortificada! ¡Cómo sabe valerse de ella el demonio para hacernos caer! ¡Cuánto debemos recelar de nosotros mismos y de nuestros propósitos, aunque nos parezcan muy firmes, y aunque nos hallemos en un lugar en la apariencia seguro! ¿Cómo piensas tú acerca de todo esto? ¿Te domina alguna pasión? ¿Confías en ti mismo? ¿Amas desordenadamente los bienes de la tierra? Mira á Judas: de Apóstol de Jesús, ¡adónde vino á parar! Haz propósito de reformarte y vencerte, y conociendo tu flaqueza, pide auxilios al Señor, y ruégale por todas las necesidades por las que debes rogar.

II.—OBJETO Y PRECIO DE LA VENTA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Je-ús es vendido por treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes, que le compran para matarle; desde este momento busca Judas la oportunidad de entregárselo.

PRELUDIO 2.º Representate á Judas estipulando con los sacerdotes la venta de su Maestro.

PRELUDIO 3.º Pide compasión de Jesús por la afrenta que padece, y gracia para imitar su admirable mansedumbre.

Punto 1.º *Jesús es vendido á los judíos, quienes le compran para matarle.*—Considera aquí las personas á quienes es vendido Jesús, que fueron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y magistrados del templo, al tiempo que estaban buscando una ocasión favorable para darle muerte, por la ira y rabia que tenían contra Él. No le vende el desdichado Judas á su Madre Santísima, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo, para regalarle; ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le comprarán para libertarle y tomarle por su Señor; sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Qué injuria para Jesucristo! ¡Qué crueldad tan endemoniada en el vendedor, y qué furia tan infernal en los compradores! Pondera además la grande afrenta que resultó al Señor de esta venta en la opinión de aquella gente, y la paciencia con que la llevó, pues la estaba mirando, aunque de lejos. Es de creer que Judas, para

encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de Él mucho mal á los del concilio, protestando que salía de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese los pies y la cabeza con un unguento que valía trescientos dineros y otras cosas por el estilo. Las cuales oían con grande gusto aquellos sacerdotes, sin que hubiese uno sólo que saliese á la defensa de Cristo. No fué tampoco pequeña la afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor á los ojos de aquella gente y del pueblo, que saliese de su escuela un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro, con muestras exteriores de grande aborrecimiento; de esto tomarían ocasión sus enemigos para decir: «Cual es el discípulo, tal es el Maestro». ¡Qué consuelo y conformidad han de sacar de todo esto aquellos maestros y prelados, que sin culpa suya se ven murmurados por sus súbditos, ó cuando estos no se aprovechan cual debieran de sus consejos y ejemplos! ¡Oh Maestro celestial! No permitáis que con mi mala vida, ni por mi causa, sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes. Tenedme con vuestra mano poderosa, para que no venga á caer en tal desgracia y malicia, que, como Judas, os injurie gravemente, y aun á costa de vuestra honra quiera justificar mi pecado. ¿Hemos nosotros vendido alguna vez á Jesús con nuestros pecados? ¿Hemos pretendido excusar á costa de Él nuestras culpas?

Punto 2.º *Precio en que es vendido Jesús.*—Considera aquí el precio en que es vendido Jesucristo, que fué treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo, en el cual comúnmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno le había muerto¹. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se ve la baja estima que tenían de Él, así el que le vendía como los que le compraban. Pero fué todavía mayor la injuria que se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores diciendo: «¿Qué me daréis, y yo os lo entregaré?» Como quien dice: Dadme lo que quisieréis, y yo le pondré en vuestras manos. Y ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela muy cruel. Mira cuán diferente es la estima que Jesús tiene de los pecadores de la que ellos tienen de Él. Ellos le venden por treinta dineros, Él los compra con su propia sangre: ellos ponen en voluntad de su carne el precio de la venta, Él pone en la voluntad de su Padre el precio de la compra. ¡Qué confusión para ti, si

¹ Exod., xxi, 32.

recuerdas el precio en que has vendido á Jesús y á su divina gracia! Porque ha sido un precio todavía más vil que treinta dineros. Un vil deleite de la carne, un puntillo de honra, un inter-sillo de hacienda: tales han sido los precios por los que has entregado á Jesucristo á tus enemigos, para que dentro de ti le crucificaran. Por lo cual puedes imaginar que Cristo te dice lo que se lee en el profeta Zacarías ¹: «Si te parece bien, sírveme por los bienes que te he hecho; y si no, déjalo, que no quiero forzarte». Y á esta tan justa petición, tú contestas vendiéndole por treinta dineros, obligándole á que te diga: «¡Oh donoso precio con que me aprecias!» ¡Oh alma mía! ¿Cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor? ¡Oh Redentor mío! ¿Cuán justo fuera quitarais de mí la vara de vuestro gobierno, y me cortarais el hilo de la vida, pues tan mal me aprovecho de ella! Perdonadme, Señor, la injuria pasada, y ayudadme á que os aprecie como merecéis, de modo que podáis decir sin ironía: «¡Hermoso precio es este con que me aprecias!»

Punto 3.º *Judas y los sacerdotes esperan la oportunidad de cumplir su mutua promesa.*— Considera lo que hicieron, así Judas como los sacerdotes, después de estipulada la venta de Cristo nuestro Señor. Aquél, luego de concertado el precio, prometió cumplir lo que había ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega por cobrar el precio, y así se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad, porque, como había perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabría. Pero este divino Señor le admitió con tanto amor como si no supiera lo que había hecho ejercitando en esto el amor á los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traición. Quizá le diría: «Amigo mío, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿Qué has hecho?» Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulación. Mas ¿qué sentiría el corazón de este dulce Pastor al ver entrar este lobo en medio de su rebaño, cubierto con piel de oveja, para hacer presa de su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Jesús, aunque le conoce, hace el disimulado; él viene de procurar la muerte de su Maestro, y Éste le recibe con tanto amor, como si en ello no le fuera la vida. Entretanto los príncipes de los sacerdotes quedaron contentísimos con el pacto que habían hecho, y luego mudaron de parecer; porque, habiendo resuelto de no matar á Cristo en el día de la fiesta, porque no se levantase algún alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasión, y resolvieron matarle cuando Judas se le entregase, sin hacer caso de que el pueblo se alborotase. En lo cual se echa de ver, por una parte, la rabia de estos crueles enemigos, y, por otra parte, resplandece la sabiduría y providencia

¹ Zach., xi, 12. — ² Ibid., 13.

de Dios en salir con su traza, que Cristo muriese en aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios cuando lo era el figurativo. ¡Oh Cordero inocentísimo Jesús! ¡Con cuánta razón os podemos llamar Cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan prisa en querer mataros, mucha más prisa tenéis Vos en querer morir por ellos! Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendáis mi corazón con tanto fervor, que tenga por fiesta y por pascua el padecer algo por vuestro amor. ¿Hemos imitado á Judas, escandalizando á nuestros hermanos? ¿Qué siente nuestro corazón al contemplar la rabia de los sacerdotes y la benignidad de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Qué crimen tan enorme es el de Judas! Vende á su divino Maestro, no á su Santísima Madre, que por Él hubiera dado cuanto tenía y todo el mundo; no á sus discípulos, que le hubieran comprado para hacerle su Rey y Señor. Véndele á los príncipes de los sacerdotes y escribas, enemigos jurados de Jesucristo, que habian resuelto no dejar nada por hacer á trueque de quitarle la vida con terribles tormentos. Á éstos vende Judas á su celestial Maestro, justificando su infame traición con decir mil calumnias y acusaciones contra Él. ¡Qué afrenta para Jesús al saber que de este modo era tratado por uno de sus más íntimos discípulos, y que un hombre tan monstruoso había salido de su escuela! Pero ¿cuánta mayor es su afrenta si se mira el precio por que es vendido! ¡Treinta dineros! El precio que espontáneamente quisieron dar los sacerdotes, porque á su arbitrio dejó el malvado Judas el fijarle; el mismo que se daba por un siervo cuando había sido muerto injustamente. Así es tratado Jesús. Pero por más vil precio le venden los pecadores y le vendiste tal vez tú mismo. Por un gustillo, por un interés, por salir con la tuya, por no pasar por una insignificante humillación, vendiste á Jesús y á su divina gracia, queriendo que fuese crucificado dentro de tu corazón. ¿Y no lo sientes? ¿No lo lloras? ¿No trabajarás en recobrar la gracia y en hacer revivir en ti á Cristo, á lo menos con el celo y empeño que pone Judas en realizar el contrato y terminar la venta? ¡Mírale con qué disimulo se presenta en la escuela de Jesús! ¡Mira á este Señor con qué mansedumbre le recibe! ¿Tratas tú de este modo á tus enemigos? ¿Sabes sufrir y disimular con caridad las faltas que contra ti hacen? ¡Ay, cuán lejos estás de poderte llamar con razón discípulo de Cristo! Humíllate profundamente, y suple con confusión lo que te falta de virtud; pero trata también de corregir tus defectos con firmes propósitos, fervientes coloquios y humildes súplicas para ti y para todos tus prójimos.

12.—JESÚS CELEBRA LA PASCUA CON SUS DISCÍPULOS.

PRELUDIO 1.º Llegado el día en que se sacrificaba el cordero pascual, mandó el Señor aparejar todas las cosas necesarias, y comióle con sus Apóstoles, observando todas las ceremonias prescritas para este acto.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en este acto, cercado de los Apóstoles, entre los cuales te hallas.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber obedecer perfectamente en todo lo que te manden Dios y sus representantes.

Punto 1.º *Jesús envía á Pedro y á Juan á que preparen las cosas necesarias para celebrar la Pascua.*—Habiendo llegado el día en que se había de sacrificar el cordero pascual, salió Jesús de Betania para Jerusalén, y enviando delante de sí á Pedro y á Juan, encargóles¹ que buscasen la casa y preparasen lo necesario para el sacrificio y la comida que ordenaba la ley. Considera aquí el cuidado grande que tenía Jesús con la observancia de ésta; pues quiso ir á Jerusalén, en donde se debía comer el cordero, sabiendo que le había de costar la vida, y que allí había de ser preso y crucificado. Y como es propio de los verdaderos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir la obediencia, así quiso con tiempo prevenir lo necesario para ésta, dándote ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecución de ella, para confusión de tus desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tienes en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que te han de costar poco. Para hacer estos preparativos escogió Jesús á los dos discípulos que más se distinguían en la fe, amor y obediencia, que eran Pedro y Juan, y á ellos comisionó para que, con destreza y diligencia, le ayudasen en los preparativos para el sacrificio del cordero. Con lo cual te enseña que debes preparar con cuidado tu alma para recibir en la sagrada comunión al Cordero purísimo de la nueva ley, ejercitándote sobre todo en los actos de las virtudes de la fe, figurada por san Pedro, y de la caridad, figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. ¡Oh! Si de este modo lo hicieses, ¡con qué gusto entraría Jesús en tu corazón! Medita, por fin, aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: «Mi tiempo es llegado; en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos»; el cual fué tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofreció la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada, para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su Pascua, sirviéndole con cuanto tenía. ¡Oh Maestro divino! ¡Cuán bien nos enseñáis la obediencia

¹ Matth., xxvi, 17; Luc., xxii, 8.

que debemos á los mandatos de Dios, previniéndonos para la ejecución de ella! Pues que tan eficaz es vuestra palabra, que hace luego lo que dice, decid á mi alma: «Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua»; y con esto la cambiaréis de terrena en celestial, y os ofrecerá, no sólo la pieza mejor que ella tiene, que es su voluntad, sino á sí misma toda entera, pues toda es vuestra. ¿Oyes, alma mía, la voz de Jesús? ¿Cómo te sometes á sus mandatos y consejos?

Punto 2.º *Jesús va á Jerusalén y comienza la ceremonia de la cena con vivo deseo.*—Llegada la tarde del jueves, se dirigió Jesús con sus discípulos á Jerusalén. ¡Cuán diferentes eran los semblantes de los que iban en esta ocasión por este camino! Jesucristo iba contento, porque iba á padecer y á beber el cáliz que por tantos años había deseado. Judas iba gozoso, porque se le acercaba el tiempo y ocasión de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los Apóstoles iban tristes por la muerte que temían de su Maestro, acordándose que les había dicho el día antes: «De aquí á dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado». Embargados los ánimos de unos y otros con estos afectos, subían á Jerusalén trabando dulces pláticas, procurando el Señor con ellas moderarles la tristeza de su corazón y aliviarles el trabajo del camino. En su compañía iba Judas, fingiendo participar de los afectos de los otros discípulos, y, aunque Jesús conocía lo dañado de aquel corazón, y que él había de ser el lobo que alborotaría su rebaño, con admirable paciencia y mansedumbre sufre y calla, prefiriendo su propio tormento á la afrenta del traidor, si le descubriera, y esperando con su caritativo disimulo ganarle el corazón. Pondera cómo llegado ya á Jerusalén, y entrando en la casa y aposento dispuesto de antemano, el amantísimo Jesús se sentó á la mesa, y mirando con entrañable caridad y dulce afabilidad á los discípulos que le rodeaban, dijo aquellas tan tiernas palabras: «Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros». Como si dijera: Muchos días ha que deseo grandemente este día para daros muestra de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros, no sólo este cordero legal, sino otro más precioso que os daré antes que padezca. ¡Oh dulcísimo y amorosísimo Jesús! Estando tan cerca vuestra amarga Pasión, ¿decís que con gran deseo habéis deseado este convite antes de veros en ella? ¿Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para servirlos? Si Vos deseáis comer conmigo esta última Pascua, yo también deseo mucho comerla con Vos. ¿No nos enternecen las amorosas palabras de Jesús? ¿Y no le amaremos?

Punto 3.º *Modo cómo Jesús comió el cordero pascual.*—Considera en este punto el modo cómo comió Jesucristo el cor-

¹ Luc., xxii, 15.

dero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban con sentimiento de su corazón. Mirando el cordero sobre la mesa, muerto, desollado y asado en fuego¹, se le representaría cómo había de estar tendido sobre la mesa de la cruz, muerto y desollado con cruelísimos azotes, desangrado hasta quedar sin una gota de sangre en sus venas, y asado con tormentos. Mirando cómo le despedazaban, sin quebrarle ningún hueso, se contemplaría á sí mismo descoyuntado hasta poderse contar todos los huesos de su cuerpo, pero sin que le quebrantasen las piernas como á los ladrones. Mirando la prisa como lo comían, consideraría la prisa con que descargaría sobre Él la furia de sus enemigos, para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas que con él se comían, se acordaría de las hielés y amarguras que le estaban esperando, y con las que había de ser abrevado. Y cuando se vió con el báculo en la mano, se acordó de la cruz con la que se había de abrazar y en la que había de estar enclavado. ¡Oh! ¡Cuán amarga sería para Jesús una comida que tales recuerdos le evocaba! ¡Oh! ¡Si tú supieras sazonar las tuyas con tales pensamientos! Pondera, finalmente, cómo acabada la cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daría gracias á su Eterno Padre, porque se había puesto fin á aquella figura y representación, y se ofrecería gustoso á padecer todo cuanto en ella se representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciéndole: «Padre mio, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con un cuerpo apto para padecer y ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio; vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero». ¡Oh Hijo unigénito de Dios! Gracias os doy por este nuevo ofrecimiento que hacéis á vuestro Eterno Padre; bien se ve el grande deseo que tenéis de sacrificaros por los hombres, pues que no os cansáis de ofrecerlos repetidas veces á ello. Yo también me ofrezco á cumplir vuestra voluntad; mandadme lo que quisiéreis, ayudándome con vuestra gracia á cumplir lo que me mandareis. Y nosotros, ¿imitamos á Jesús en el modo de tomar las comidas? ¿Tenemos vivos deseos de cumplir la voluntad de Dios aun á costa de sacrificios?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien te enseña Jesús el modo de cumplir las leyes á que estás obligado! Ha llegado la Pascua en la que ha de ser sacrificado; conoce el contrato que Judas ha ajustado con sus enemigos; en esta misma festividad ha de ser entregado á éstos. Sin embargo, todos estos temores no le detienen, sino que, preparadas todas las cosas por los dos Apóstoles á quienes comisionó, sale de Betania en dirección á Jerusalén.

¹ Exod., xii, 9, 11. — ² Psalm. xxxix, 7.

Mira cuán previsora es la obediencia de Jesús; todo lo prepara de antemano, para poderla cumplir exactamente. Al subir á Jerusalén, ¡qué mansedumbre ostenta Jesús! Ve entre sus fieles discípulos al traidor, y calla; contempla en medio de sus ovejas aquel lobo carnicero, y disimula. ¡Qué ternura tan paternal! Los ve tristes y les consuela amorosamente. Los contempla en torno de sí, y se regala con ellos, y les manifiesta el gusto grande que sentía en comer con ellos aquella noche: «Con deseo he deseado tomar esta cena con vosotros». ¡Cómo quedarían arrobados de amor sus amantes discípulos, al oírle proferir tan dulces palabras! Pero, fija tu imaginación en Jesucristo en este instante. Mira la serenidad y dulzura de su semblante, la elevación de sus pensamientos, la consideración piadosa en que tiene ocupado su entendimiento, los interiores ofrecimientos que hace á su Eterno Padre de sufrir todos los tormentos que estaban figurados al vivo en aquel cordero que tenía delante. Y tú, ¿cómo imitas á tu Salvador? ¿Cumples con perfección las cosas que tienes mandadas? ¿Eres manso con tus enemigos? ¿Consuelas á los tristes ó les aumentas la tristeza? En las comidas, ¿cómo te portas? Fija bien tu atención en cada una de estas preguntas, y si te hallas culpable, forma propósitos muy eficaces de corregirte, y para lograrlo pide á Jesús con fervor sus auxilios y el remedio de todas las necesidades, generales y particulares, espirituales y corporales.

13 —LAVATORIO DE LOS PIES.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, Dios y hombre, movido de su inmensa caridad, se humilló hasta el extremo de lavar los pies á sus discípulos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús, ceñido con la toalla, lavando los pies á sus Apóstoles.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la caridad y humildad del Señor.

Punto 1.º Caridad de Jesús demostrada en el lavatorio.— Considera cómo uno de los motivos que indujeron á Jesús á lavar los pies de sus discípulos, fué para darles una muestra del amor intenso que les profesaba. Por lo cual, queriendo el Evangelista referir este suceso, comienza diciendo: «Sabido Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin». En cuyas palabras debes ponderar las admirables propiedades del amor de Jesús á los discípulos, que tenía en la tierra, y á todos los que á ellos habían de suceder. Porque primeramente los amó como cosa propia, y, por consiguiente, como á sí mismo, y en cierto modo más que á sí mismo; pues con estar

¹ Joan., xiii, 1.